

María Elena Beltrán Purica

Aventuras LITERARIAS





Aventuras Literarias

Maria Elena Beltrán Purica

Maria Elena Beltrán Purica
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798841955160

Diseño de portada
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

AVENTURAS LITERARIAS

Existen algunas aventuras literarias de las cuales solo se puede ser partícipe si uno mismo las lee; es decir, que solo se hacen realmente efectivas si se utilizan los ojos como puerta hacia el imaginario. ¡Pero solo con los propios ojos!; cuando se utilizan los oídos ya se es partícipe de otra manera, que depende no solo de cómo ocurre la aventura literaria en la mente de quien la lee, sino también de la manera en la que logra darle voz y ritmo a esa lectura, lo cual es independiente de sus intenciones, de las intenciones de quienes le escuchan, o de las intenciones del creador de la aventura literaria.

¿Pero cómo es eso posible?

Todo el proceso de la aventura literaria comienza en un primer nivel, el nivel básico, o nivel cero como le llaman algunos, y tiene lugar en la propia mente de su creador, que por lo general es el escritor de la misma. Es el momento en el que las ideas, aglomeradas en una especie de plasma en ese cerebro intangible de los seres humanos, toman forma y se desprenden del remolino de la memoria efímera —que no cachipolla—, quedando arraigadas en la mente en forma de instantes, objetos, hechos y/o personas.

De ahí, de tenerse el talento, la capacidad y sobre todo la paciencia, se pasa al nivel uno, que consiste en comenzar a plasmar en físico lo que ha quedado decantado en el nivel cero. Algunos describen esta

etapa como un proceso de sublimación en el que las ideas literarias, vaporosas y aún del etéreo, pasan a un estado físico real, tangible, a algo sólido, a algo que se puede ver. Otros han criticado esta postura llamándola *snobista*; otros más han demostrado que la construcción de aventuras literarias no obedece por defecto o por exceso ninguna regla o patrón científico clasificatorio, y que pretender hacer símiles de ella con otros temas es el ejercicio de mentes superficiales que muchas veces se autodenominan y creen ser “críticos de literatura”.

Pero escribir —lo que se ha referido como plasmar en físico—, no siempre es necesariamente el proceso que sigue al nivel cero o nivel básico. Proceso previo, aunque no en todos los casos es así, es el de organizar los hechos, cosas y personas (que de ahora en adelante se conocerán como personajes), que han logrado arraigarse en la mente del escritor, lo que puede ocurrir de manera escrita o no, y que se conoce como nivel 0.5, o cero y medio, también llamado esquema, pre estructura literaria o borrador, entre otros nombres. Es el nivel en el que se crea o define el esqueleto de lo que será la aventura literaria, para lo cual no existe regla alguna ni compromiso, pues no todas las ideas que se generan en este nivel llegan a convertirse en una aventura literaria, y es el escritor, finalmente, quien tiene la potestad de elegir cómo concatenar la sucesión de cada evento y/o hecho a cada personaje en el siguiente nivel.

Vale la pena acotar que existen escritores que

afirman que, una vez establecidas las condiciones de principio y fin de una aventura literaria, son los mismos hechos, cosas y personajes los que van dirigiendo el proceso de exposición de la misma. Esto da explicación al hecho que lo que en un principio se había configurado de alguna manera cambie finalmente a otra, suscitado esto por nuevas ideas o hechos, o por la lógica de los mismos personajes y sus situaciones.

Después de que se tiene el esqueleto de la aventura literaria se pasa al proceso que algunos llaman de “cosido”, es decir, el de comenzar a darle forma al cuerpo de la aventura literaria uniendo entre sí al hecho con los personajes, a los personajes con las cosas, y a las cosas con los hechos, todo en función de un tiempo —cosa relativa el tiempo—, creándose así un universo pre literario que tiene como núcleo dicho esqueleto inicial. Luego sigue el proceso de “modelado” que no es otra cosa que darle forma a lo que será el cuerpo de la aventura literaria, que puede ser cuento, novela, sátira, y pare usted de contar: las posibilidades de la mente humana son infinitas, y para la creación no existen límites.

Y entonces, finalmente, el escritor comienza a escribir.

Aunque esto no es un absoluto, ni mucho menos una receta: el escritor puede comenzar a escribir en cualquier momento. Los procesos de “cosido” y de “modelado” pueden darse a cabo mientras el escritor ejerce el trabajo de la escritura, que es el proceso que define al nivel uno. Incluso la organización de los

hechos, cosas y personajes no es un paso obligatorio para expresar en papel lo que se tiene en la mente. Hay escritores a los que solo les hace falta tres ideas: la central, un principio y un fin.

Pero escribir puede resultar ser una tarea ardua y difícil, o justamente todo lo contrario, todo dependerá del escritor de las aventuras literarias y su disposición. Este es el momento que exige el mayor grado de concentración y compromiso del escritor: es el único en el que puede lograr extraer, de la manera más aproximada y fiel posible, lo que tiene en su cabeza y colocarlo en el papel. Hay quienes consideran que por verlas con claridad en sus mentes las ideas son vistas de igual manera por quienes las leen pero no necesariamente es así: el lograr ser fidedigno a cada uno de los detalles del propio imaginario y plasmarlo con la exactitud pertinente es extremadamente difícil, una tarea casi faraónica; pero lo “difícil” —realmente un estado que puede repetirse durante todo el proceso—, solo es reconocido por el hacedor de la aventura literaria, quienes le leen o le observan muy pocas veces logran distinguir dichos momentos.

La forma de contar la aventura literaria es totalmente potestad de su creador. Esta se verá influenciada y dirigida por sus propias experiencias personales, así como por las impresiones que haya recogido de otras aventuras literarias, de lo cual podría ser consciente o no. Sus dotes artísticas y creativas también entrarán en juego en la construcción según las intenciones que tenga y lo que busque provocar en el lector,

aunque esto último no sea lo que motive al escritor, permaneciendo implícito en su proceso, pues a pesar de no buscar provocar algo toda aventura literaria afecta de alguna forma a quien la lee.

Claro que, algunas veces, puede pasar que lo que busca el escritor es no ser comprendido, siendo esto una demostración de una mente profunda, aunque las mentes que no tienen nada que decir también utilizan este efugio para cubrir sus falencias. Algunos pocos se esconden tras el velo de la poesía —por ejemplo—, para justificar el que sus ideas no puedan ser entendidas por otros. “Soy muy profundo”, piensan esgrimiendo un lápiz mordisqueado entre sus dedos. También existen los escritores que por humildes y/o brillantes hacen pleitesía a la propia existencia y logran expresar grandes ideas, construyendo hermosas constelaciones y mundos enteros a veces sin darse cuenta, sin saber que ponen al alcance del resto de los humanos las más exquisitas y perfectas aventuras literarias. Podríamos hacer una lista acá de nombres, pero la propia ignorancia dejaría de lado a muchos de estos Kafka-Borges-Dostoievski constructores de aventuras literarias.

Una vez se han logrado plasmar las ideas en el papel queda establecido un nuevo universo que no es otro que el de la propia aventura literaria. La mayoría de las veces la aventura en bruto, es decir, la recién construida y plasmada —conocida también como primer borrador—, no ha terminado de tomar su forma definitiva, por lo que es menester dejarla

“reposar”, permitiendo así que se purgue la mente de su hacedor del apego a lo que ella misma ha creado. Este reposo puede durar minutos, horas, días, meses y hasta años, siendo el escritor quien decide cuándo darle luz a lo que ha producido, retirando el lienzo con el que se le ha cubierto, una vez listo el trabajo de la levadura, justo en el punto en el que debe hornearse*. Este es reconocido como el nivel 1.5, o uno y medio del proceso de creación de una aventura literaria.

Luego del reposo viene la revisión de la aventura literaria. El primero que la lee o revisa siempre será el propio escritor, por lo que a este nivel se le conoce como el nivel 1.99, llamado así porque, aunque una aventura literaria esté lista —al menos desde el punto de vista creativo—, no necesariamente será leída por alguien más que su propio escritor. Pero esto no resulta tan malo como parece: tal vez eso era lo que exactamente estaba buscando.

El proceso de lectura y revisión hecho por un ser diferente al creador de la aventura literaria, en el que se le analiza, y se corrigen los errores, las ambigüedades y las pérdidas de sentido, entre otras, representa el nivel dos en la construcción de la misma, y en este pueden estar involucradas distintas personas. De gran importancia resulta la figura del corrector, quien se encarga de revisar la ortografía y la gramática según el idioma de la aventura literaria, cerciorándose de que que que el texto sea lo más perfecto y eficiente posible, de modo que lo que quiso decir el autor sea

lo que de hecho se puede leer. Aunque muchos hay que consideran que el corrector no es necesario, por eso la Mala Ortografía sigue ejerciendo su enigmático poder en algunos paisajes del mundo de las letras.

No hay que olvidar —sería imperdonable—, a los que ejercen la tarea de editor de una aventura literaria. Son estos los que finalmente tienen la última palabra en el camino hacia su perfección, y son los responsables de que la misma sea mostrada al mundo. Muchos le consideran como el primer individuo de prueba, con el que se demuestra qué tan efectiva es la aventura literaria, midiendo su comprensión, conexión y sumergimiento, aspectos que probablemente sean representativos de lo que podría ser un fracaso o no, mientras que otros opinan que el editor no debería dejarse impresionar por la aventura literaria, pues creen que esto afecta la objetividad de su trabajo, “pero ¡su trabajo es estar enamorado de las aventuras literarias!” exclaman los más puristas. Tal vez el editor sea un prestidigitador que estiliza la aventura literaria y la lleva a habitar dentro de un libro —o más modernamente: dentro de un dispositivo de lectura—; pocos saben sus trucos, otros se los imaginan e improvisan.

Una vez que la aventura literaria ha pasado por este proceso de estilización ya está lista para ser mostrada al mundo. (Aunque esto no es un absoluto: una aventura literaria puede no tener un editor o estar estilizada y aun así ser mostrada al mundo; por lo general esto está relacionado con el libre albedrío de su

creador, quien puede decidir mostrar su creación al mundo sin necesidad de tanto “artificio”). Entonces viene la penúltima etapa del proceso, o nivel tres: la lectura. Este es el proceso de impresión directa de la palabra escrita en el ojo del lector; es el viaje de las letras desde el papel —o pantalla—, hasta la retina. Este proceso es de vital importancia para entender y sumergirse en la aventura literaria, pero —aunque se dé como un hecho—, no todos los que saben descifrar un escrito saben leer. Un mal lector, aquel que no respeta el *tempo* del escritor, que se toma la lectura a la ligera y desconoce las normas básicas de la ortografía, no logrará aprovechar de manera fidedigna la aventura literaria, en cambio solo logrará ser partícipe de una experiencia deformada que él mismo habrá inventado basado vagamente en lo que el escritor ha querido expresar —cosa que, para algunos, está bien, pues reivindica el derecho creativo del propio lector (que no escribe)—. Un buen lector, en cambio, sabe respetar la cadencia de la aventura literaria; es considerado con sus pausas, sus silencios, y fundamentalmente no altera el ritmo de la pluma del escritor; se deja impresionar por lo que este ha escrito, y entra sin problemas a la última etapa del proceso, o nivel cuatro: vivir la aventura literaria.

Aquí entra un corolario: vivir una aventura literaria puede ocurrir tanto con una lectura correcta como con una lectura incorrecta de la misma —esto último con sus respectivas limitaciones—. Ya lo hemos dicho anteriormente, porque como absoluto una aven-

tura literaria siempre generará un cambio en quien la lee. Por eso resulta tan peligroso la lectura de las aventuras literarias; a lo largo de la historia del hombre la lectura ha sido vetada porque genera cambios para bien o para mal según la interpretación que se le dé a lo que se ha escrito. De aquí la gran importancia que tiene el acceder al imaginario de la aventura literaria con los propios ojos.

Lo que sí es una verdad irrefutable es que la lectura de las aventuras literarias hace posible que los hombres puedan soñar, fundamentalmente porque los conecta con el niño que jamás dejan de ser. Porque solo la inocencia está preparada para el conocimiento; de hecho, hay personas que jamás dejan de ser inocentes, tal vez por eso en la vejez vuelven a comportarse como niños.

¿Pero qué es la vida, sino tan solo un sueño?

La pregunta sobre quién nos sueña o escribe —esa aventura tal vez no tan literaria—, sale de los límites y alcance de este texto.

LA BIBLIOTECA DE LA CASA DE LA ESQUINA

Año 1980.

El niño había entrado a la biblioteca por error. Lo había hecho de manera estrepitosa, apurada, pues venía huyendo del perro de uno de los vecinos, que se había soltado al verlo y había corrido tras de él como nunca, dispuesto a clavarle los colmillos en los talones tal y como le había visto hacer otras tantas veces.

Las campanillas ubicadas en la parte superior del marco de la puerta sonaron anunciando la llegada del nuevo visitante a la biblioteca, lo que pasó casi desapercibido para el niño, cuya atención se encontraba enfocada en mirar a través de la puerta de vidrio cómo su perseguidor seguía su camino en busca de una presa que ya se encontraba fuera de su alcance.

Sabiéndose fuera de peligro, el niño suspiró profundamente y luego miró a su alrededor, cayendo en cuenta de que se encontraba en la biblioteca de la casa de la esquina. Aunque era la primera vez que entraba allí reconocía el lugar porque muchas veces se asomó junto a otros niños a mirar el interior a través de la puerta de vidrio, buscando al “viejo loco”, como le llamaban al dueño de la casa, del que se decía había abierto la biblioteca con todos los libros que tenía después de haberse jubilado.

Precisamente por ello esta no resultaba ser una

biblioteca cualquiera; además, era muy pequeña, apenas había allí una mesa pequeña con cuatro sillas, y los libros se encontraban organizados uno al lado del otro en seis entrepaños hechos artesanalmente por el “viejo loco”, que había destinado ese rincón de su casa para compartir el poco conocimiento que había logrado adquirir con los años, como le había escuchado decir alguna vez a su papá.

Sin duda alguna la campanilla le había delatado, pues apenas el niño se reponía de la impresión de verse en la biblioteca de la casa de la esquina cuando apareció en ella el “viejo loco”, entrando por una puerta que, evidentemente, daba a la cocina de la casa. Esto lo dedujo no solo por el olor a buena comida que se coló hasta la biblioteca cuando el hombre abrió la puerta, sino también por el refrigerador que pudo ver al fondo, y a una mujer a un lado de este, que miraba hacia la biblioteca mientras se secaba las manos con el delantal que traía puesto.

—¡Hola! Bienvenido. ¿En qué te puedo ayudar? —preguntó el hombre, al cual el niño observó un tanto nervioso, pero con algo de curiosidad. Ahora que lo veía de cerca el “viejo loco” no lucía tan viejo; el niño lo había idealizado en su mente como una especie de Merlín o Don Quijote, decrepito y hasta con barba gris, pero lucía completamente distinto. Incluso llegó a pensar que se parecía más a su papá que al mago de la corte del Rey Arturo.

—Ahhh... Yo... Es, iba... —titubeó el niño. No estaba seguro sobre qué responder.

—¿Estás buscando un libro?

—Sí, un libro —exclamó el niño sin saber realmente qué decía.

Al hombre le brillaron los ojos al escuchar la respuesta del niño, y sonrió.

—Estás en el lugar apropiado. Tengo libros de todo tipo. ¿Acaso buscas un cuento o una fábula? Tal vez Shakespeare, ¿o algún otro clásico? —preguntó el hombre mientras buscaba entre las filas de libros.

El niño dibujó una mueca en su rostro, la cual pasó inadvertida para el hombre, quien le daba la espalda mientras buscaba los libros. Era una mueca de inconformidad, con la que parecía decir: “¿cuento o fábula? ¡Eso es para niños!”.

Al voltearse hacia el niño, el hombre llevaba en sus manos varios libros, los cuales fue colocando sobre la mesa.

—¿Qué edad tienes? —preguntó el hombre.

—Once años.

—¡Once años! Cuando yo tenía tu edad no existía la televisión, solo teníamos la radio, los libros y la calle para jugar. Yo me enamoré de los libros, por eso compré tantos como pude; en esta biblioteca hay más de seiscientos libros, todos míos... Pero no tiene sentido tenerlos para mí solo, por eso abrí esta biblioteca, aquí mismo en mi casa, para poder compartirlos.

El hombre hizo una seña invitando al niño a sentarse, y aunque este no estaba muy seguro de hacerlo se sentó. El hombre también se sentó y comenzó a mostrarle al niño cada uno de los libros que había

colocado sobre la mesa.

—“La vuelta al mundo en ochenta días” —exclamó el hombre mostrándole el libro al niño—, todo un clásico. Han hecho varias películas basadas en él.

—¡Oh, sí! Mi papá me habló alguna vez de esa película —exclamó el niño.

—Seguramente le gustó... Aquí hay otro: “La casa del tío Tom”.

—¿Es un libro? No lo sabía —exclamó el niño tomando el libro con sus manos y observando la portada.

—Pues sí, es un libro... “La corte del rey Arturo”.

—¡Ese lo tengo! —exclamó con fogosidad el niño, agarrando el libro entre sus manos. —Lo leo todo el tiempo.

—Entonces te gustan los libros.

—¡Claro que me gustan! Leer es divertido...

—Entonces te gustará también este: “Los tres mosqueteros”.

—¿Los tres mosqueteros? ¿Se trata de la corte del rey Arturo?

—Exactamente así es —sonrió el hombre y se colocó de pie—. Veo que te gustan las historias de caballeros y cortes; buscaré algún otro libro que creo te va a gustar.

El hombre volvió a buscar libros entre otra de las filas que tenía en la pequeña biblioteca.

—¡Sí! Me gustan mucho las historias de caballeros. Don Quijote y Sancho Panza son mis favoritos, pero me hubiera gustado ser caballero del rey Arturo.

—¿Y luchar contra Robin Hood?

—¡Y luchar contra Robin Hood! Pero para ser su amigo. Siempre he pensado que Robin Hood es de los buenos.

—¿Has visto alguna película de Errol Flynn?

—¿Errol Flynn? No, señor, no conozco a ese caballero.

—No es un caballero —rio el hombre, quien seguía buscando y escogiendo libros, y solo volteaba a mirar de vez en cuando al niño—. Es un actor de cine. Es uno de los intérpretes de Robin Hood más famosos.

Al hombre se le cayó un libro. El niño, de inmediato, se apresuró a recogerlo, y al hacerlo se fijó en su título.

—“Los ciento veinte días de Sodoma”, Marqués de Sade —leyó el niño.

El hombre, al escuchar al niño, cambió su tono de voz, dirigiéndose a él con un dejo de dureza.

—¡Dame ese libro!

—¿De qué se trata? ¿Es sobre algún viaje? —preguntó el niño entregándole el libro al hombre.

—Sí. Pero no es un libro aún para tu edad —exclamó el hombre guardando el libro en el lugar desde el cual había salido.

El niño se quedó mirando el libro que le había entregado al hombre, y luego siguió mirándole mientras este continuaba buscando libros y apilándolos en su regazo.

Cuando el hombre creyó que ya era suficiente fue a colocar todos los libros en la mesa. Y aunque el

niño parecía interesado, sus ojos miraban de soslayo el libro que antes le había entregado al hombre.

—“Los ciento veinte días de Sodoma, del Marqués de Sade; Los ciento veinte días de Sodoma, del Marqués de Sade; Los ciento veinte días...” —se repetía a sí mismo el niño, en un intento por dejar grabado en su mente el nombre del libro que el hombre le había dicho que no era aún para su edad. ¿Sería entonces acaso que existían libros para distintas edades?, se preguntó a sí mismo; y en ese instante creyó comprender que la curiosidad debía ser entonces diferente para distintas edades: cómo sería entonces la suya en un par de años, en diez, en veinte, si ahora mismo no podía pensar en otra cosa que en ese libro.

—Mira, todos estos libros son estupendos para tu edad. ¿Te gusta la ciencia ficción? Julio Verne te fascinará.

—¿Julio Verne? ¿Veinte mil leguas de viaje submarino?

—¡Ese mismo!

—Ese libro yo lo tenía, pero se perdió cuando nos mudamos a la casa en la que ahora vivimos.

—Pues, yo lo tengo. Ya te lo busco.

El hombre se dispuso a buscar el libro en cuestión. Mientras lo hacía, el niño, luego de mirarlo a él, y asegurarse a su vez de la posición del libro “Los ciento veinte días de Sodoma”, dio un brinco, lo tomó en sus manos, y luego salió corriendo de la biblioteca, sin darle tiempo al hombre para detenerlo o poderlo alcanzar en su huida.

Lo último que pudo ver el hombre al mirar hacia la calle fue la silueta del niño mientras huía, perdiéndose en un horizonte que se evaporaba, totalmente lejos de su alcance.

Año 2015.

Esa tarde había llovido. Ninguna sorpresa en pleno mes de junio. Las calles habían quedado limpias y frescas, y el pavimento ya no exhalaba el vapor de la humedad.

En la biblioteca de la casa de la esquina se oyó la campanilla que anunciaba la llegada de alguien a la misma. El dueño de la biblioteca, ahora un hombre viejo, arrugada la piel sobre su empequeñecida figura, salió a su encuentro, sin prestarle atención al visitante, repitiendo con su voz cansada el mismo mensaje que daba a todos los que llegaban a su biblioteca.

—Puede leer todos los libros que quiera, pero no puede llevárselos, está prohibido.

El visitante llevaba puesta una gabardina color beige. Era un hombre de mediana edad, atlético, alto, elegante, con un pequeño bigote muy bien afeitado sobre los delgados labios. Miraba con atención cada detalle de la biblioteca cuando entró el viejo.

—Buenas tardes —exclamó el hombre mirando al viejo—; no he venido a buscar ningún libro.

El viejo, suspiró cansadamente, y luego exclamó con tono agrio:

—Si viene a preguntar por el incidente del niño vaya y busque los periódicos, yo ya di mi versión. Y si es

de la policía, ya debe saber que al niño lo vieron salir de aquí sano y salvo.

El viejo se refería a lo que había ocurrido hacía 35 años, cuando su biblioteca se había llenado de policías y padres alterados después de la desaparición de un niño. Un testigo aseguraba haberlo visto salir corriendo de la biblioteca, lo que había convertido a su dueño en un testigo de suma importancia; pero nunca se supo nada sobre el niño, nadie volvió a verlo o a saber de él, lo único que se sabía era que había estado en la biblioteca de la casa de la esquina y que se había llevado consigo un libro.

El hombre de la gabardina respondió:
—Yo he venido a regresar un libro.

El viejo miró con curiosidad al visitante. Este sacó del interior de su gabardina un libro, el cual colocó sobre la mesa de la biblioteca. El viejo miró el libro, y como no pudiera leerlo a simple vista se colocó los lentes que llevaba colgado al pecho; luego tomó el libro y leyó su título.

—“Los ciento veinte días de Sodoma”, Marqués de Sade...

El viejo palideció. Después de un momento que pareció una eternidad, observó contrariado al hombre frente a él. Luego soltó el libro y se sentó, con el rostro compungido.

—Han pasado tantos años —exclamó al fin el viejo.

—Así funciona la vida a veces, viejo.

—Juré que... —empezó el viejo, pero el hombre lo interrumpió.

—Era exactamente lo que esperábamos que hicieras.

—Pero... ¿cómo es que tú...?

El hombre sonrió ante la pregunta del viejo.

—No lo supe sino hasta mucho después... Y aquí estoy, devolviéndote el libro que robé hace 35 años.

Al viejo le temblaban las manos.

—Podrías leer algún otro libro... —exclamó el viejo, y el hombre sonrió de nuevo.

—¿La vuelta al día en ochenta mundos? No es necesario, ya he leído más de la cuenta.

El viejo bajó la mirada y suspiró. De pronto todo el peso que parecía cargar encima se desvaneció, y su fisonomía cambió por completo. Ya no era un rostro compungido el suyo, era un rostro brillante, vivo, lleno de felicidad.

El viejo miró al hombre y luego exclamó:

—Estoy listo.

Y cerró los ojos.

Horas más tarde lo que había sido la biblioteca de la casa de la esquina era ahora un entramado de libros desparramados por doquier, como si un huracán hubiera entrado en ella y roto todo a su paso. Páginas, portadas y contraportadas de libros por todo el suelo, la mesa patas arriba y ningún entrepaño a salvo en la pared.

La policía nuevamente había visitado el lugar. Su teoría era la del vandalismo, sin víctimas aún, aunque el viejo dueño de la biblioteca había desaparecido y no se sabía nada de él.

En el suelo, un libro del Marqués de Sade permanecía entero. Una ráfaga de aire abrió varias de sus hojas hasta dejar a la vista una fotografía en la que aparecían el hombre de la gabardina, el viejo dueño de la biblioteca y el niño desaparecido, juntos, sentados en la biblioteca de la casa de la esquina.

EL COME LETRAS

La conversación parecía amena.

En medio de la bulla, el sonido de las botellas chocando unas con otras, el golpe de la puerta de la cava refrigeradora cada vez que se abría y se cerraba y luego se volvía a abrir y cerrar, nada perturbaba la atención de los que, sentados o asomados a la mesa en el fondo de aquel bar, escuchaban divertidos y gratamente admirados al hombre vestido de traje y corbata, que contaba sobre los libros que leía y admiraba.

—Mi libro favorito, sin duda alguna, ha sido una selección de cuentos de Antón Chéjov... El ruso. — El hombre recordó algo y sonrió divertido—. Este autor decía que la medicina era su esposa legal, y la literatura solo su amante.

Las personas a su alrededor sonrieron divertidas ante el comentario del hombre.

—¿La medicina? —preguntó un joven luego de apurar un sorbo de su cerveza. —¿Era médico?

—Sí, era médico. Tanto me gustaron estos cuentos que busqué muchas otras ediciones... ¡Ah! —suspiró con gusto el hombre—. Simplemente exquisitos.

El hombre de traje y corbata no tomaba licor, solo bebía agua. De un solo movimiento se tomó toda la que le habían servido en un vaso desechable.

—¿Qué otros libros te han parecido exquisitos? — preguntó otro joven que estaba de pie.

Luego de reflexionar un momento, el hombre respondió:

—Una colección de novelas de Lajos Zilahy; otra colección de Pierre Binoit, del mismo género; “La frase hecha” de Kurt Tucholsky...

—¿Tucholsky? —preguntó otro de los oyentes, extrañado con ese nombre.

—Sí, un escritor alemán.

—¿Solo lees escritores europeos?

—No, también aprecio los escritores latinoamericanos, aunque los libros europeos tienen otra textura, otro olor...

—¿Qué autor latinoamericano prefieres? —preguntó el joven que se encontraba de pie.

—No, no, no —exclamó el hombre negando levemente con la cabeza, llevándose una mano al pecho.

—Yo no prefiero autores, yo prefiero libros. A los autores yo no los conozco, en cambio a los libros sí. Incluso a veces pienso que los libros llegan a conocerme más a mí que yo a ellos.

Justo en ese momento se comenzaron a escuchar las campanadas de la iglesia vecina, que anunciaban la hora exacta. El hombre del traje y corbata pareció detenerse y prestó mucha atención, contándolas una a una.

—Una... Dos... Tres... Cuatro... Cinco... Seis... Siete... Ocho.

Al terminar las campanadas y la cuenta del hombre, este se colocó de pie.

—Amigos, ha sido una charla estupenda, pero debo

irme. Ya son las ocho.

—¿Te vas a devorar otros libros esta noche? —le preguntó otro de sus oyentes.

—Querido amigo: es deber del hombre alimentarse cuando le corresponde. Y no solo es menester alimentar el alma sino también el cuerpo. Buenas noches.

Y el hombre se retiró.

Más tarde, en la pequeña habitación que le servía de casa, el hombre, medio desnudo, observaba el pequeño mueble de tres entrepaños que le servía de biblioteca, en la que apenas se podían ver unos 20 o 25 libros.

Sus ojos recorrían los nombres en los lomos de cada uno, y el que no lo tenía su mente lo reconocía de inmediato. Todos ya habían sido leídos por él. Tan solo una vez. El libro una sola vez.

Por fin eligió uno: “Eugenia Grandet” de Honoré de Balzac. Lo tomó en sus manos, lo hojeó, lo cerró, lo acarició, lo volvió a abrir, y se tropezó con la dedicatoria que había hecho el propio Balzac a su libro. La leyó una vez más, en voz alta.

—“A María. Su retrato es el adorno más hermoso de esta obra. Que su nombre sea aquí como una rama de boj bendita, arrancada de cualquier árbol, pero santificada por la religión y conservada siempre verde por manos piadosas para proteger la casa. De Balzac”.

Al terminar su lectura una inquietud iluminó su mente. —“¿Boj? ¿Qué es un boj?”

Buscó unas tijeras y se dispuso a recortar la hoja de la dedicatoria, lo cual hizo con sumo cuidado. Luego la tomó, la dobló en dos, y buscó la chaqueta de su traje, la cual había dejado guindada en una de las dos sillas que tenía en su cuarto-casa, y la guardó en uno de los bolsillos internos.

Al incorporarse su mirada se dirigió hacia una de las esquinas del cuarto y pudo admirar, una vez más, tal y como lo hacía todas las noches, la enorme montaña de libros que procuraba hacer crecer todos los días de su vida. Una montaña que casi rozaba el techo, y que había tenido que cubrir del lado que quedaba junto a la ventana para que no se mojara cuando lloviera.

Todos eran libros de literatura: autores diversos, cuentos, novelas, ciencia ficción, romance, aventura, tomos grandes, pequeños, gordos, flacos. El hombre estaba orgulloso, y tranquilo. Su montaña le daba tranquilidad.

Volvió a tomar el libro de Balzac y lo acercó a la única mesa que había en la habitación, una mesa desnuda y manchada, alta y amplia. En ella había un plato y al lado de este un vaso. El hombre colocó el libro frente al plato. Buscó una bolsa de agua potable, la abrió con los dientes y echó el contenido en el vaso. Desechó la bolsa vacía y luego se sentó a la mesa, frente al plato.

El sonido del mugriento ventilador de techo dando vueltas era lo único que se escuchaba. El hombre tomó el libro, lo abrió, y comenzó a arrancarle las

páginas, las cuales iba colocando cada vez sobre el plato.

—¿Quién te dijo, Hamlet, que solo los hombres se podían comer como ostras? Las letras también pueden comerse, y hacen menos daño que los hombres, aunque provengan de ellos.

Y tomando las hojas que había colocado en el plato se las llevó a la boca, y masticándolas confundió a Nanon con Saumur, el año 1819 con el año 1806, la página 28 con la 72, hasta que se perdieron todas las letras en su interior, devoradas por el hombre que vivía comiendo letras.

MARCIA

Marcia no era exactamente una mujer bonita, pero tenía ese atractivo inexplicable —un no sé qué— que suelen tener algunas mujeres y que por ello resulta siempre agradable mirarlas, hablarles y tenerlas como compañía.

Tal vez ese atractivo era el que la había ayudado en su vida como mujer de la noche, por usar un eufemismo, profesión que había decidido asumir cuando ya el hambre se había hecho completamente insoportable, convencida de que no existía virtud o algo más que dar en ella que su propio cuerpo y el placer que podía proporcionar.

Aunque Marcia no era una hetaira moderna cualquiera: a ella le gustaba leer y escribir, y en su trabajo, más que el sexo o los billetes a cambio de este, lo que más disfrutaba eran las historias que le contaban sus clientes, lo que constituía el mayor incentivo para su mente y el mayor aliciente para su alma, siendo capaz de aceptar libros a cambio de sus favores sexuales.

Tres años habían pasado desde que había comenzado a prostituirse, y desde el primer día era habitual encontrarla en el mismo club, sentada en la barra, dispuesta a complacer al cliente que la buscara.

Una noche un hombre llegó al club y se sentó en la barra, justo al lado de Marcia, quien apenas acababa de encender un cigarrillo.

—Buenas noches. Me da un whiskey, por favor —ex-

clamó el hombre dirigiéndose al barman, que de inmediato se dispuso a servir lo que se le había pedido.

Al escuchar al hombre Marcia se volteó hacia él, y al hacerlo sus generosas piernas quedaron a la vista de aquel, quien volteó a miraras instintivamente, luego miró el rostro de Marcia, que se desdibujaba por entre el humo del cigarrillo, pero del que aún se podía distinguir la mirada coqueta; volvió a mirar las piernas, y después volvió a concentrarse en recibir su bebida, que el barman ya colocaba frente a él.

Poco rato después, luego de intercambiar algunas miradas, con la mitad del vaso de whiskey lleno, y el cigarrillo de Marcia medianamente consumido, el hombre se dirigió a ella:

—¿Cómo te llamas?

—Marcia.

—¿Cuántos años tienes?

—Los que tú quieras... —se apresuró a contestar Marcia, y el hombre sonrió tristemente.

Marcia observó con atención al hombre, al cual ya había contemplado muy bien de pies a cabeza, pero la tristeza que se escondía detrás de su sonrisa había capturado por completo su atención.

—Nunca te había visto por aquí...

—Es la primera vez que vengo.

—¿Y qué te parece el lugar? —preguntó Marcia al tiempo que cruzaba las piernas, lo cual no pasó desapercibido para el hombre.

—En aquella pared tienen problemas de filtración...

—exclamó el hombre señalando la pared en cuestión,

que Marcia observó con curiosidad—. Y tienen un desnivel en la entrada que yo no hubiera hecho así...

—¿Y por qué dices eso?

—Soy ingeniero...

—¡Ah!... Yo he conocido muchos ingenieros...

—¿Vienen muchos ingenieros por aquí?

—A veces...

El hombre observó por un momento a Marcia. Su rostro no expresaba nada, pero sus ojos parecían escudriñar a la muchacha, que degustaba la última bocanada de su cigarrillo.

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Marcia.

—Yo soy Mario...

—Mucho gusto, Mario, ingeniero Mario.

Marcia sonrió y el hombre también, esta vez auténticamente divertido. Aunque lo dudó por un momento, Mario finalmente exclamó:

—¿Quieres tomar algo?

—Sí. Puedes comprarme una botella de sidra, es lo que se estila acá.

—Menos mal que me lo dices, porque no sé cómo funciona esto.

Marcia sonrió, y Mario pidió al barman una botella de sidra y otro whiskey para él. Una vez servidos, ambos brindaron entre sí.

—Salud —exclamó Marcia.

—Salud —respondió Mario y ambos dieron un sorbo de sus respectivas bebidas.

—Y dime, ¿qué estás buscando?

Mario tardó algunos segundos para responder.
—No lo sé. La verdad es que no lo sé. Pasé por aquí, vi las luces, la música, y simplemente entré...

—Si quieres hablar podemos ir a otro sitio...

Mario observó con gravedad y dureza a Marcia, quien lo observaba con una mirada coqueta y ansiosa. Al cabo de un instante, respondió:

—Está bien...

Unos minutos más tarde, Marcia y Mario entraban a una habitación.

Antes de que Mario entrara Marcia se apresuró a encender una lámpara que se encontraba sobre una caja de madera con un pedazo de tela encima que hacía el papel de mesita de noche, y que se encontraba colocada junto a la espaciosa cama, que casi ocupaba toda la habitación. A un lado había una vieja cómoda con un espejo, y al fondo se veía la puerta del baño, cerrada.

Mario entró a la habitación, y Marcia, sonriente, se apresuró a cerrar la puerta. Mario entonces observó la cómoda y pudo apreciar mejor lo que había sobre esta. Sin pensarlo dos veces se acercó al mueble y tomó el pequeño libro verde que había sobre él. Había una página marcada con la envoltura de un chocolate.

—¿Lees Borges? —preguntó Mario mostrándole el libro a Marcia, quien, sentada en la cama, se quitaba los zapatos.

—Sí. Es uno de mis escritores favoritos.

—Este libro es muy bueno. Lo conozco: Ficciones —exclamó Mario algo emocionado, hojeando el libro.

—Sí... Es la segunda vez que lo leo...

Marcia, como si hubiera recordado alguna cosa, se entristeció un poco. A pesar de ello se colocó de pie y se acercó a Mario.

—Todas las gavetas de esta cómoda, menos las dos últimas, están llenas de libros.

Mario observó con curiosidad a Marcia, quien soltó una risita ante esa mirada para luego acercarse a la cómoda y abrir la primera gaveta, que en efecto estaba llena de libros.

—Acá tengo un libro de Dostoievsky, uno de Kafka, un libro de teatro que me regaló un actor; también tengo algo de ciencia ficción: Asimov, Pohl, Frankenstein. En esta segunda gaveta —continuó Marcia cerrando la primera gaveta y abriendo la segunda— tengo Garmendia, Otero Silva, Urbaneja Achelpohl, García Márquez, Julio Cortázar...

—¿Has leído todos estos libros?

—Sí.

Mario observó confundido a Marcia. Esta, al ver su mirada, comprendió lo que estaba pensando.

—La mayoría han sido el pago que me han dado por mi trabajo... No sé si es que lo que hago vale tan poco que con un libro se puede pagar, pero para mí no hay nada más valioso, excepto la vida, que un libro... Aunque también me gusta escribir, tal vez sea a causa de tanto leer; de pronto algún día lo que es-

cribo se convierta en un libro también.

Mario había escuchado a Marcia completamente atónito, con una mezcla interior de sorpresa y lástima que lo hacían sentirse atraído a ella, mientras que Marcia no borraba de sus ojos ese coqueteo que había mantenido desde el primer momento, como si fuera su trabajo parecer irresistible.

Mario y Marcia se observaron directamente a los ojos por un rato, al cabo del cual uno se abalanzó sobre el otro, besándose violentamente, al mismo tiempo que se liberaban de sus ropas hasta caer en la cama, en donde la posesión mutua, desbordante y desenfrenada, solo tardó unos minutos en darle cabida al más intenso clímax.

Mario entonces cayó al lado de Marcia, con su cuerpo tan tembloroso y sudoroso como el de ella, y así permanecieron durante un rato, con la luz de la lámpara jugando a brillar con las gotitas de sudor que resbalaban sobre sus pieles.

—Deberías escribir acerca de esto —rompió Mario el silencio.

—Si escribiera acerca de esto no me alcanzaría el papel de todo el mundo —exclamó Marcia y Mario rio; Marcia le imitó.

El silencio de nuevo inundó la habitación por algunos minutos.

—Eres muy bella —exclamó Mario y Marcia sonrió tristemente.

Mario calló y guardó silencio por un rato, sin saber cómo encontrar otra manera de preguntar lo que al

cabo de ese rato finalmente preguntó:

—¿Cuánto te debo?

Marcia observó a Mario.

—Dame lo que tú quieras.

Mario la observó sin comprender, un tanto confundido.

—¿Estás segura?

—Sí... Puedes pagarme con libros, si lo deseas.

—No traigo ninguno conmigo.

—No fío —dijo Marcia y rio; Mario la imitó, no muy seguro de si se trataba de un chiste o no.

Mario intentó incorporarse de la cama, pero las palabras de Marcia lo detuvieron.

—Espera, no te vayas todavía. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, dime...

—Abrázame hasta que me quede dormida.

Mario observó de nuevo sin comprender a Marcia, quien con labios, ojos y cuerpo irresistiblemente sensuales le hacía esa petición con un tono muy tierno y humilde.

—Por favor...

Mario entonces rodeó con sus brazos a Marcia y la acurrucó contra su pecho, mientras que ella, con los ojos cerrados, se dejaba abatir por el sueño, con su desnudez envolviendo el cuerpo, también desnudo, de él.

Una vez que Marcia cayó dormida, Mario se colocó de pie, se vistió, y antes de salir de la habitación sacó de uno de sus bolsillos unos cuantos billetes y

los colocó entre las páginas del libro de Borges que estaba sobre la cómoda. Luego echó una última mirada a Marcia, y después salió de la habitación, evitando que la puerta hiciera ruido al cerrarla.

La noche siguiente, tal y como hacía todas las noches, Marcia se sentó a la barra del club, a esperar a los clientes. Nada había cambiado en su rutina hasta que entró en su habitación y encontró un par de cosas que antes no estaban allí. Se trataba de un escritorio de madera, pequeño, de tres gavetas, con su respectiva silla. A duras penas quedaba ahora espacio en la habitación para moverse.

Sin saber de lo que se trataba, Marcia se acercó al escritorio, sobre el cual encontró una nota dirigida a ella que de inmediato se apresuró a leer. Era un regalo de Mario.

—“Marcia bonita: acá encontrarás lo que un ingeniero como yo puede darte después de una noche tan especial y única. Considéralo un regalo de mi parte. Te deseo mucha suerte, y que Dios te bendiga. Mario.”

Marcia se sentó en la silla frente al escritorio, emocionada y a la vez sorprendida. Abrió la primera gaveta y encontró varias hojas blancas y algunos lápices; luego abrió la segunda y en esta encontró más hojas blancas, un escalímetro y una cinta métrica; finalmente abrió la última y encontró en esta un libro cuyo título era “Matemáticas avanzadas para ingeniería”, el cual tenía una página señalada con una hoja

que sobresalía por su parte superior. Abrió el libro y buscó la hoja, la abrió y leyó la siguiente nota:

—“Me imaginé que serías lo suficientemente curiosa como para llegar hasta aquí. Este es un libro muy especial para mí. Tal vez no le encuentres mucho sentido, pero está lleno de poesía, versos y estrofas, caracteres poco inteligibles y ninguna rima, aunque hay en él muchos corolarios y resultados sin demostraciones. En esta gaveta también había un teodolito, pero lo saqué porque era muy pesado. Ahora deja la curiosidad y comienza a escribir.”

Marcia, aunque un poco confundida con lo que recién había leído, abrió el libro y lo hojeó rápidamente. Decidió dejarlo abierto en una página al azar y lo colocó sobre el escritorio. Luego sacó una hoja y un lápiz de la primera gaveta, y ya se disponía a comenzar a escribir cuando de pronto se detuvo dándose cuenta de que tenía tantas cosas que contar que no sabía por dónde comenzar.

Tal vez su historia con Mario podía ser un buen ejercicio literario. Las ecuaciones diferenciales podían esperar.

LA GRASIA DE DIOS

A José Ricardo Castellano:
pa' que grite un ratico

—Eso es pecado —exclamó la mujer preocupada observando la fachada de la cantina.

—¿Vos creéis? —preguntó el hombre a su lado, mirando lo mismo que miraba la mujer, sosteniendo en sus manos la brocha y el pequeño recipiente plástico en donde había vertido la pintura con la que había estado trabajando.

—Eso de la grasa de Dios... Dios no tiene grasa, ¡es perfecto!

El hombre miró nuevamente la fachada del tarantín sobre la cual había estado pintando el nombre con el que él y la mujer —su mujer—, habían decidido bautizar su nuevo negocio: “La grasa de Dios”, nombre que hacía referencia a la característica grasosa de los pasteles, empanadas y mandocas que allí venderían, en agradecimiento al ser al que le debían todo el fruto de sus esfuerzos.

—¿Vos creéis? —preguntó de nuevo el hombre, dudoso.

—¿Qué preguntas con exactitud: si Dios es perfecto, o que si hablar de su “grasa” es pecado?

—Ambas cosas, mujer. ¿Acaso no has visto esas pinturas del Renacimiento en las que se ilustraba a Dios como un ser gordo, bueno, más bien relleno, regor-

dete, así como tu hermano? Pinturas de gran valor artístico.

—¡Pinturas hechas por seres humanos! Ninguna fidedigna de un Dios perfecto, del único y verdadero Dios.

—Un Dios perfecto igual a un Dios sin grasa. Pien-
sas en Dios como si fuera un hombre, un ser huma-
no; un estereotipo, mejor dicho.

—¡Puedo pensar en Dios como me dé la gana! Ade-
más, temo su ira si dejamos el nombre de nuestro
localcito así.

El hombre miró el pequeño recipiente de pintura
que mantenía en su mano. Agitó la brocha adentro.

—Y pa que sepáis que ya no me queda más pintura
pa echarle encima.

—¡Ay, Dios! Dígame si nadie viene a nuestro local
solo por ese nombre de blasfemia...

—¿Y vos creéis que un cristiano con un hambre atroz
le va a hacer caso a esa verga?

—¿Qué pensarán los amigos de la iglesia, del club de
lectura de la biblia, los amiguitos de los muchachos
en la infancia misionera?

—Le ofrecemos descuento a los que vengan a joder
con esa verga.

—¡No es suficiente! Algo debemos hacer.

El hombre miró una vez más la fachada. Luego
miró a la mujer, cuyo rostro dejaba en claro la trage-
dia que todo eso representaba para ella.

El hombre alternó su mirada entre su mujer y la
fachada del local varias veces, tratando de buscar al-

guna solución al embrollo.

—¡Ya sé! —exclamó finalmente el hombre.

La mujer lo miró suspirando.

El hombre limpió lo más que se podía el fondo del recipiente de pintura con la brocha, y la acercó a la fachada; mientras parecía dibujar sobre esta, decía: —Ya entiendo tu punto de vista, mujer. Para ti Dios es perfecto porque no tiene grasa, es un estereotipo, pero cada quien tiene derecho a creer lo que quiera... Si no puedes vivir con la grasa, puedes vivir con el error.

El hombre había parado con la brocha. La mujer observó la fachada del local, y un suspiro de tranquilidad acompañó la sonrisa que se dibujó en su rostro. Se hizo la señal de la cruz, y juntando las manos miró al cielo.

—¡Gracias, Señor, por darme este hombre tan bueno!

El hombre sonrió, y al mirar la fachada de la cantina su frente se resquebrajó al notar con amargura la incomodidad que le hacía sentir el error con el que había logrado tranquilizar a su mujer. Había dibujado una i junto a la s de grasa. Ahora su local se llamaba “La Grasia de Dios”.

No era grasioso en lo absoluto.

SOLILOQUIUM

Aníbal abrió los ojos.

Los dedos de su mano izquierda se movían sobre su frente casi de manera imperceptible, como si trataran de acomodar las ideas que había dentro de la cabeza. Su codo estaba apoyado en el brazo del viejo sillón, mientras que su mano derecha descansaba con descuido entre las piernas, sobre el desgastado asiento.

Su mirada, fija hacia el piso, realmente no veía la alfombra mullida, llena de polvo y de quemaduras de cigarrillo. La luz que entraba por la ventana y que dejaba pasar la cortina entreabierta de la habitación le iluminaba en su soledad, así como a las partículas de polvo suspendidas en el aire, enrarecido este con el olor de los libros que le rodeaban, tan callados como él mismo.

Cuando levantó la mirada se encontró de frente al niño. Había imaginado que lo vería de espaldas a él, parado de puntillas tratando de alcanzar uno de los libros que se encontraba en la parte alta del librero que tenía de frente, pero el niño se encontraba sentado frente a él, mirándole con sus enormes ojos negros, como si estuviera esperando algo. Iba vestido con una franela blanca de bordes azules en el cuello y en las mangas, y un short color negro; daba la sensación de estar preparado para salir a jugar. Su cabello negro en corte bob le daba a su cara un toque

de inocencia que logró dibujar una tenue sonrisa en el rostro de Aníbal.

Ninguno de los dos profirió palabra alguna durante un largo rato. Las sombras en la habitación habían comenzado a moverse y esa era la única evidencia de que el tiempo corría. Ironía del movimiento. El rostro del niño comenzaba a mostrar evidencia de que necesitaba moverse, y Aníbal finalmente rompió el silencio con su voz de barítono.

—Cuando eras pequeño, más pequeño que ahora, vivías con tu madre. —El niño dirigió la mirada hacia Aníbal, esta vez sus grandes ojos negros parecían esperar atentos las palabras que vendrían a continuación—. Naciste un 23 de febrero, no muy lejos de aquí, en la zona más alejada del pueblo. Tu madre no quiso bautizarte, aunque creía en Dios... pero es que ella tenía sus propias ideas respecto a la Iglesia.

Aníbal calló. Miró hacia la ventana mientras pensaba, o tal vez mientras recordaba, las palabras que el niño estaba esperando escuchar. Así se quedó por un instante y entonces fue el niño quien habló.

—¿Se te ha olvidado lo que viene después?

Aníbal sonrió ante la pregunta y luego apartó la mirada de la ventana. Su mano derecha apretó suavemente el asiento del sillón.

—Tu madre se llamaba Antonia.

—¡Antonia! —exclamó el niño con agrado; los ojos negros comenzaban a brillar.

—Por eso tu segundo nombre es Antonio. Juan Antonio Rodríguez, ese eres tú.

El niño, emocionado y sonriente, se acercó al sillón, y una ráfaga de polvo se levantó desde la alfombra bajo sus pies, baile sin compás de partículas apenas perceptibles gracias a la luz que aún seguía entrando por la ventana.

—Lo de Juan vino por el actor de telenovelas Juan Rodríguez, un actor bastante popular en esos días de tu nacimiento. Recuerdo que cuando naciste hacía una novela llamada “Vagabundo”, por eso en el barrio comenzaron a llamarte así; al principio no te gustaba el mote, pero luego comprendiste que se debía a la telenovela, y entonces dejaste de molestarte por ello.

Antes de que Aníbal terminara de hablar el niño había dejado de sonreír. Ahora lucía preocupado: algo en el discurso del hombre no tenía sentido para él.

—¿Qué es el mote?

Aníbal sonrió quedamente observando al niño que le miraba.

—Significa sobrenombre.

El niño alzó las cejas y abrió aún más los ojos, sorprendido. Luego continuó:

—Vagabundo también se debía a otra cosa, ¿verdad?

Aníbal, gratamente sorprendido, volvió a sonreír, esta vez se dejaron ver los dientes grandes y blanquecinos. El niño miró la boca que se abría y vio el espacio en la encía del diente que faltaba, y comenzó a tocarse sus propios dientes con sus dedos. Aníbal exclamó:

—¡Tienes buena memoria! —Aníbal acercó su mano derecha a la pequeña mesita redonda en la que siem-

pre se encontraban el cenicero y la lámpara, y tomó el único libro que allí se encontraba, con la portada llena de polvo y cenizas de cigarrillo, el cual que mostró al niño luego de limpiarlo apenas con la palma de su mano. —Khalil Gibran, “El vagabundo”.

El niño tomó el libro, y lo miró entre sus manos maravillado, como de si un tesoro se tratara, pero sin saber exactamente qué hacer con él.

—Este es uno de mis libros favoritos —exclamó Aníbal, colocando de nuevo su mano derecha entre sus piernas, sobre el asiento del sillón.

El niño le miró una vez más, esta vez sus grandes ojos ya no brillaban como antes. Nuevamente se notaba preocupado.

—Pero yo no sé leer...

Una voz se dejó escuchar desde unos pocos pasos detrás del sillón, el rincón más oscuro de la habitación. —Claro que no, idiota.

Aníbal movió levemente su rostro hacia un lado, pero sin dirigir la mirada hacia el lugar exacto desde el cual había salido la voz. No le había hecho falta hacerlo; quien había hablado, un joven de unos 14 años, alto, delgado, había comenzado a acercarse hacia la ventana, el mejor lugar para estar justo de frente al sillón y frente a él.

Aníbal miró al adolescente de los pies a la cabeza, y luego cruzó las piernas, manteniendo la mano derecha entre ambas. Una ráfaga de recuerdos dibujó cabezas pelirrojas donde había solo una de cabello negro. Ya el niño no se encontraba allí.

—Mi madre no sabía leer ni escribir; ella no estudió, era solo una lavandera —exclamó el joven con un tono que hacía dudar si estaba desafiando a quien le escuchaba o si evitaba ponerse a llorar—. Yo veía cómo le llevaban montones y montones de ropa. A veces la iban a buscar...

El joven calló de repente. Los pensamientos, mezclados con los recuerdos, le hicieron ver cosas que antes no había visto. Parte de su niñez comenzó a desmoronarse en ese mismo momento; sus palabras delataban lo que sus negros ojos parecían estar mirando frente a él.

—... sobre todo hombres...

Su tono había cambiado. Ya no era desafiante ni temeroso, ahora hablaba con el tono de los que aceptan los hechos porque así son y no es posible cambiar el pasado. Aceptaba, tal vez, la vida.

Aníbal le miraba; los ojos fijos al igual que el resto de su cuerpo. Solo pestañeó algunas veces y un leve rocío proveniente de sus ojos humedeció las pronunciadas ojeras.

El joven miró hacia sus pies y algo llamó su atención. —Este fue el primer regalo que me hizo mi tío Arnoldo —exclamó el joven, mirando el libro de Khalil Gibran en el piso. Titubeó para agarrarlo, pero luego de un rato se agachó, lo tomó en sus manos y lo comenzó a hojear mientras se ponía de pie.

—Pensé que no sabías leer —exclamó Aníbal.

El joven dejó escapar una risita tonta, algo infantil y nerviosa.

—Tú sabes mejor que yo cómo pasó todo... No sabía leer ni escribir hasta que llegó mi tío.

Aníbal, sin dejar de mirar al joven, exclamó, en el tono de alguien que estuviera citando las líneas de algún libro:

—Y este, al verte, te tocó la cabeza juguetonamente; y luego te preguntó: “¿vas a la escuela?”, a lo que tú respondiste negativamente moviendo la cabeza de un lado para el otro.

El joven sonrió; esas palabras le habían hecho recordar cosas.

—“Entonces hay que inscribirte en el cole” —exclamaron al mismo tiempo Aníbal y el joven.

El joven calló, y Aníbal continuó.

—Tu tío Arnoldo era el único hermano de tu madre. Le faltaba una pierna...

—La pierna izquierda —se apresuró a acotar el joven.

—La pierna izquierda —repitió Aníbal asintiendo con la cabeza.

—La perdió durante la guerra.

Aníbal se llevó la mano izquierda hacia sus labios y los acarició con un breve pellizco. Lucía pensativo, analizando las palabras del joven.

—Mi padre también había sido un soldado, pero no lo conocí: murió antes de que yo naciera.

—No. Murió poco después de tu nacimiento —exclamó Aníbal, sin inmutarse o cambiar la posición de su cuerpo.

El joven bajó la mirada. El libro en su mano derecha, medio abierto, colgaba con su dedo índice marcando una página.

—Mi madre cambió mucho después de que llegó el tío Arnoldo a la casa —dijo el joven sin levantar la mirada, como si su único oyente fuera el libro en su mano—. Nunca más volvió a lavar en su vida, ni siquiera su propia ropa.

Aníbal miró el libro en la mano del joven, y luego levantó la mirada.

—¿Cómo era tu tío?

El joven sonrió.

—Era muy delgado. Fumaba mucho. Le crecía buen cabello, pero prefería afeitarse la cabeza; no quedaba completamente calvo, pero decía que prefería el cabello muy corto para evitar que le cayeran piojos, al parecer eso fue lo que más le molestó de ir a la guerra, los piojos, más que haber perdido una pierna.

Casi sin darse cuenta el joven había comenzado a mordisquearse la uña del dedo pulgar de su mano izquierda.

—Tu tío fue quien se ocupó de tu educación —exclamó Aníbal y el joven asintió con la cabeza—. Fuiste un niño muy inteligente, y muy aplicado en tus estudios. A tu edad te convertiste en el mejor estudiante de la escuela.

—Me gustan las matemáticas.

—No tanto como las motocicletas.

El joven dirigió su mirada hacia Aníbal, pero sin mirarlo realmente. Dejó de mordisquearse la uña y en su rostro se desdibujó una expresión ambigua, una expresión con la que no era posible comprender qué era lo que le ocurría. Estuvo así detenido un largo

instante, apenas la respiración daba muestra de que estaba vivo, eso y el libro en su mano derecha, rescatado de la gravedad, aún con el dedo índice marcando una página.

Aníbal bajó la mirada hacia el suelo; la mano izquierda de nuevo subió a su frente, luego sus dedos enmarcaron sus ojos y la palma cubrió el resto de su cara, recorriéndola de arriba a abajo, como si de un respiro se tratara. Cuando levantó la mirada se encontró de frente a un hombre joven, tal vez de unos 18 años, que llevaba puesto un delantal blanco encima de la franela blanca arremangada y el pantalón de mezclilla, y que leía el libro ahora el libro de Gibrán. Se acarició con ahínco la barbilla, y se quedó mirándolo. El joven de 14 años ya no estaba allí.

El hombre joven sonreía con lo que leía, y al darse cuenta de que Aníbal le miraba, cerró el libro, tomó con una de sus manos el cigarrillo que llevaba sobre una de las orejas y se dirigió a este:

—¿Tienes fuego?

Aníbal descruzó sus piernas y luego sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un encendedor, el cual acercó al hombre joven ayudándole a encender el cigarrillo. Después de la primera bocanada el este exclamó:

—Gracias. —Mientras expulsaba el humo de su boca, exclamó, refiriéndose al libro en su otra mano:

—Muy buen libro; fue el primer libro que leí en mi vida...

—Te lo regaló tu tío.

—Sí... mi tío Arnoldo. El pobre tío Arnoldo. Lo mejor que me pasó durante mi niñez. El único hombre que he amado. Como se ama a la familia de verdad.

El hombre joven sonrió y tomó una nueva bocanada de su cigarrillo. Aníbal le miraba, sus ojos eran fríos y distantes, pero permanecían atentos; la mano derecha entre las piernas sobre el cojín del sillón.

—La panadería fue tu segundo empleo —exclamó Aníbal.

El hombre joven vació el humo de sus pulmones y le miró con desconfianza.

—Tu primer empleo fue como repartidor. Usabas una bicicleta a la que se le había remachado una cesta de metal en la parte posterior. Te pagaban de acuerdo a la venta del día, y además te daban la comida si tenías mucho trabajo. Pero resultaste ser muy rápido, pues cada vez que te montabas en la bicicleta soñabas que ibas en una motocicleta, a toda velocidad, y la gente estaba tan complacida con tu trabajo que te encargaban otros trabajos y te ganabas un dinerillo extra: la mitad la guardabas y la otra mitad la usabas para comprar jamón o pollo para cenar.

El hombre joven sonrió, parecía reconocer en su memoria todo lo que Aníbal le decía.

—Cuando lograste reunir el dinero suficiente decidiste irte del pueblo; sabías que si te quedabas allí no ibas a poder tener una motocicleta, que era lo que más ansiabas tener en ese momento. Y aunque tu madre se opuso a que te fueras, te fuiste a la capital. Tu tío no se opuso, pero tampoco te dio su aproba-

ción, simplemente permaneció en silencio; ni siquiera amagó en detenerte o en desearte suerte. Lo único que te dijo al momento de que salieras de la casa fue... —Cuídate mucho, Juan —interrumpió el hombre joven—. No le creas a nadie que te venga a hablar de cosas que no ha visto.

La mirada del hombre joven estaba dirigida hacia un rincón de la habitación, pero estaba perdida, tal vez ahogada en los recuerdos que le traían todas esas palabras.

—Tuviste mucha suerte, encontraste un empleo como aprendiz de panadero tan solo cinco días después de haber llegado a la capital. Alquilaste un cuartito en un barrio bastante modesto, por no decir pobre, y la panadería te quedaba muy cerca. Aunque la paga no era muy buena te alcanzaba para pagar el alquiler, comer y para guardar para tu motocicleta. Durante el día, mientras amasabas la harina con el agua y la levadura, te proponías que al salir del trabajo irías a ver motocicletas, a buscarlas por la ciudad, pero terminabas tan cansado que te ibas directo a tu cuarto, totalmente molido, y al apenas tocar la cama caías rendido hasta la mañana siguiente.

—Este trabajo está a punto de matar mis sueños... —exclamó el hombre joven, que se acercó a Aníbal haciendo un ademán para poder apagar su cigarrillo, ya casi consumido, en el cenicero de la mesita junto a este. Luego se acercó a la ventana, junto a la que se detuvo, apoyando el brazo izquierdo en la pared y mirando hacia el exterior. —Allí conocí al Cebra...

—Javier...

—Ese era su nombre, pero todo el mundo lo conocía como el Cebra.

El hombre joven sonrió, recordando, tal vez, al Cebra.

—Él me hizo pensar que el “no le creas a nadie que te venga a hablar de cosas que no ha visto» de mi tío era algo así como el “ver para creer» de Santo Tomás, que también era hombre cuando lo dijo...

—La primera vez que lo viste te hizo una promesa: te dijo que volvería a la panadería.

—Y lo esperé muchísimo tiempo. Por eso lo de ver para creer.

—Y regresó.

—Por esa razón creo en mi tío y también en Santo Tomás... El Cebra se comportaba como un engreído, pero no lo era, era un joven igual que yo, solo que tenía en el negocio mucho más tiempo y eso le daba una experiencia que yo no tenía.

El hombre joven recordó algo y su expresión cambió.

—Voy por cigarrillos...

El hombre joven salió de la habitación. Aníbal le siguió con la mirada hasta que la puerta se cerró. Entonces una nueva voz se escuchó a su izquierda.

—Como este lo ha contado no ha quedado en claro que el negocio en el que yo estaba no era la panadería. Era el de las motocicletas.

Aníbal reconoció de inmediato al joven buen mozo y bien vestido que estaba sentado al borde de

uno de los libreros. Su buen vestir, de chaqueta de cuero y pantalón mezclilla, su pulcro peinado y su nariz perfilada eran inequívocamente las características del Cebra.

—Yo no trabajaba con él, yo solo estaba de paso por ahí. Luego él comenzó a trabajar para mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Aníbal; en sus ojos había un dejo de desprecio y rabia casi imperceptibles.

El Cebra sonrió mientras se colocaba de pie.

—Tal vez soy un recuerdo que insiste en no desaparecer.

El Cebra se acercó a la ventana y adoptó la misma posición que antes adoptara el hombre joven, con el brazo izquierdo apoyado en la pared y mirando hacia el exterior. Aníbal le siguió con la mirada; la mano derecha se apoyó sobre el brazo del sillón, como si se estuviera preparando para colocarse de pie.

—Yo no tuve la culpa de nada. Solo cumplí con mi palabra y regresé a ofrecerte...

Aníbal le interrumpió.

—A ofrecerle a él.

El Cebra le miró, sonrió con una sola comisura de su boca, y continuó, mirando de nuevo hacia el exterior.

—A ofrecerle a Juan un nuevo trabajo. Sabía que le gustaría; era un taller de motocicletas. Era el trabajo que estaba esperando toda su vida.

—Tal vez...

—Pero tenías miedo.

Aníbal se acomodó en su asiento.

—Juan tenía miedo —rectificó el Cebra—. Pero al llegar al taller todo cambió. Lo que viste fue una enorme cantidad de motocicletas: viejas, nuevas, de diferentes colores, diferentes modelos, algunas completas, otras sin alguna de sus partes; en fin, había allí toda clase de motocicletas.

Aníbal escuchaba al Cebra y en su rostro comenzó a dibujarse un gesto de amargura. Sus ojos, de nuevo mirando hacia el suelo, lucían vidriosos, y su frente comenzaba a humedecerse. Ni él ni el Cebra sintieron la puerta de la habitación abrirse y luego cerrarse. —Allí conocí a Marino.

El hombre joven había regresado. Ya no cargaba puesto el delantal blanco, aunque aún llevaba puestos la franela blanca y el pantalón de mezclilla. Un incipiente bigote se dibujaba sobre su boca, y su cabello estaba más corto y arreglado que antes, lo que le hacía lucir más maduro. Aníbal volteó a mirarle, y luego le siguió con una mirada triste, hasta que se detuvo frente al Cebra, quien sonreía viéndolo, ambos junto a la ventana.

—Mi trabajo consistía en chequear todas las motos que llegaban al taller, y mirar cuáles eran las partes que tenían buenas y las partes que tenían malas, lo que no se me hizo difícil porque había aprendido mucho yo solo acerca de motocicletas, y lo que no sabía lo aprendí con la ayuda de Marino.

—En la época en la que no existía la internet —comentó el Cebra divertido, y Juan sonrió, asintiendo.

—Logré despejar el garaje en seis semanas...

—Y salimos a un bar a celebrarlo —dijo el Cebra.

Juan y el Cebra se miraron en silencio. El rostro de Juan se desdibujó luciendo un tipo de seriedad compleja, muestra de una complicidad que le causaba cierto resquemor.

—Esa fue la primera vez que bebiste una cerveza —exclamó Aníbal—. También supiste cosas...

—¿Qué crees que has estado haciendo estas últimas seis semanas? —exclamó de pronto el Cebra, dirigiéndose a Juan quien lo miró sin comprender—. Has estado trabajando con motos robadas. ¿Por qué crees que las has encontrado en tan buen estado? Eres más inocente de lo que había pensado.

—Te quedaste en silencio un largo rato, inmóvil, dejando que tu cerveza se calentara en el vaso —exclamó Aníbal—. En tu cabeza solo hacían eco las palabras del Cebra: “motos robadas”. Sabías que era algo malo, pero no te sentías sentiste mal, mucho menos culpable, de hecho, había algo en todo eso que parecía excitarte.

—También fue la primera vez que robaría una motocicleta... —exclamó Juan.

—Y lo seguirías haciendo por mucho tiempo. Nunca antes habías pensado en robar, pero esa vez lo hiciste, y te gustó, tanto que te convertiste en un experto haciéndolo.

—El Vagabundo, así te llamaban —exclamó el Cebra. —De los delincuentes más famosos y respetados de la ciudad. Hasta la policía te respetaba.

—Contrabando, extorsión, robo —exclamó Aníbal.
—Dinero —exclamó el Cebra.

Juan bajó la mirada; lucía avergonzado y preocupado.

Una joven se acercó caminando hacia los dos hombres junto a la ventana. Era rubia, llevaba el cabello suelto, e iba vestida de uniforme de escuela. Juan levantó la mirada y la reconoció de inmediato; en su rostro aparecieron un conjunto de expresiones que no dejaba lugar a dudas de que se trataba de alguien por el cual sentía una gran atracción. El Cebra y Aníbal también reconocieron a la chica.

—¡Clara! —exclamó Juan.

Aníbal se colocó de pie como impulsado por un resorte, pero no dio paso alguno, solo se limitó a mirar a Juan y a Clara. Afuera el sol comenzaba a pintar el horizonte con hermosos colores.

—Tengo quince años... —exclamó la chica.

Juan se le acercó. La chica le miró con sensual irreverencia, sosteniendo la mirada que este le daba.

De pronto Juan la empujó al piso, y la falda se levantó dejando a la vista su entrepierna. Esto provocó una enorme excitación en Juan, cuyo animal interno se desbocó provocando la violencia de su fuerza, lo que le hizo abalanzarse sobre ella, que al verse bajo su peso comenzó a resistirse a lo que venía. Pero Juan le sostuvo, sometiéndola, y en medio de un llanto insonoro, a la fuerza, la violó; oculto ya como el sol la inocencia virginal.

Aníbal, de pie, observó todo totalmente inmóvil.

El rostro compungido, ahora apenas iluminado con las luces artificiales que lograban colarse por la ventana, delataba la tragedia que todo aquello significaba. La noche oscura afuera y adentro.

Juan se echó hacia un lado. Ya Clara no estaba, solo quedaba una mancha sobre el suelo, una silueta de niña—mujer vaporosa, sudor o sangre; la oscuridad de la noche no dejaba distinguir si era tan solo una sombra.

Aníbal, sin poder mantenerse de pie, se sentó de golpe; sus hombros caídos soportaban el peso de la tragedia que se hacía más pesada en la oscuridad.

—Era la hija del dueño del negocio en el que estabas involucrado —exclamó con una incipiente gravedad en el tono de su voz—. Mucho dinero, mucho respeto, un nombre, y a las espaldas de la sociedad robaba, mentía, desmantelaba... Lo conociste una noche en que llegó al garaje en el que trabajabas; esa misma noche la conociste a ella, a Clara, y te enamoraste tan solo con mirarla.

—Quise conocerlo todo sobre ella: dónde vivía, con quién vivía, qué hacía, qué era lo que más le gustaba, cuál era su color preferido, qué tan suave tenía la piel —exclamó Juan desde el suelo, la cara fragmentada y los ojos llenos de lágrimas.

—Tenía quince años. Y era realmente hermosa.

Juan se incorporó y se sentó en el suelo. Tomó en sus manos el libro de Gibrán que estaba junto a él.

—Ella jamás se hubiera fijado en alguien como yo...
“Soy solo una gota de este inmenso océano.”

Juan y Aníbal, al mismo tiempo, cerraron sus ojos y de estos salieron sendas lágrimas.

—Pero supo señalarte; fue tu verdugo —dijo Aníbal con los ojos cerrados.

—Y logré escapar...

Aníbal abrió sus ojos y observó a Juan, con una mirada llena de tristeza y amargura.

—Yo no.

—Nadie sabe dónde me encuentro. Nadie nunca supo más de mí... Su padre intentó hacerme daño buscando a mi madre y a mi tío, pero yo fui más rápido que él, y me los llevé lejos. Ellos nunca supieron nada, ni entendieron nada, ni me pidieron explicaciones. Y ahora yo también estoy lejos de todo, solo por el mundo, haciendo lo que mejor aprendí a hacer.

Aníbal bajó la cabeza, casi sin fuerzas para mantenerla en alto.

—Yo también estoy lejos de todo, pero no fui yo quien se alejó.

—A nadie le gusta estar cerca de un hombre que es capaz de hacer lo que nosotros hicimos...

Un largo silencio se apropió de la habitación.

—Pero ya no estás solo... —exclamó Juan.

—Tú tampoco estás solo... Me han pedido que te entregue...

Aníbal dejó escapar dos nuevas lágrimas que fueron a estrellarse contra la alfombra. Luego levantó la mirada y por un momento él y Juan se miraron entre sí. Una luz, desde afuera, se movió iluminando la habitación por un momento.

—No me entregues, por favor...

Aníbal permaneció inmóvil en su sillón, mirando a Juan, respirando acompasadamente el aire lleno de polvo de la habitación. Luego cerró los ojos y bajó la cabeza.

El lunes en la mañana la editorial recibió la respuesta: una sola hoja en la que se leían las siguientes líneas:

—”Mis estimados señores: muchas gracias por haber confiado en mí para la creación de un personaje, pero desafortunadamente no puedo entregárselos. He encontrado que tengo muchas cosas en común con él y que se ha convertido en mi amigo, y yo no sería capaz de entregarlo a nadie. Ahora ya no estoy solo, tengo compañía. Espero que me sepan comprender. Aníbal Belgodere”.

EL NIÑO HERIDO

La puerta de la habitación se abrió.

Eran la mujer y el niño.

Venían huyendo, buscando dónde esconderse, con las caras llenas de terror, aunque no hubiera más nadie allí para verlo.

Habían llegado desde la calle: la huida los había llevado hasta allí porque había sido el único lugar en el que había pensado la mujer. Pero ahora que estaba allí, que miraba cada pared y cada mueble como si fueran irreales, caía en cuenta de esa realidad que había logrado dejar atrás, justo detrás de la puerta por la que habían entrado, una realidad por ahora tan lejana pero que aún lograba escurrirse por entre las paredes y sobre todo a través del amplio ventanal que cubría casi la mitad de la pared contigua a la calle.

El niño, que había dado algunos pasos más que la mujer hacia el interior de la habitación, se detuvo en medio de esta, y allí permaneció con la mirada fija en el ventanal, como si esperara que de un momento a otro algo apareciera en el cielo, detrás de los sucios pero transparentes cristales, lo único que podía aspirar a ver ya que para su corta estatura habría tenido que subirse en algo para poder alcanzar la parte más baja del ventanal y poder mirar hacia la calle.

La mujer, en medio de su propia confusión, notando la garganta seca y la lengua adormecida, con el corazón bombeando como nunca, se fijó en lo que

miraba el niño, y sin pensar en nada más se acercó al ventanal, evitando mirar hacia afuera, y cerró las cortinas con un solo movimiento de su mano. El niño entonces se le acercó y ella sintió el abrazo alrededor de sus caderas, más bien, sintió cómo se aferraba a ellas, y creyó en ese instante que podría permitirse resquebrajarse por un momento, romper a llorar y dejarse llevar por la desesperación que la invadía, pero sabía que sería inútil, la poca certidumbre que aún conservaba sin duda huiría de ella, y era menester mantenerse como había logrado hacerlo hasta ese momento, por ello seguía libre o viva.

Luego de cerrar las cortinas la habitación había quedado tenuemente iluminada. La mujer no lo recordaba, aunque había sido una de las cosas en las que había pensado cuando se vio obligada a buscar un sitio en donde esconderse.

—“Ellos no irían a un sitio como ese; nadie irá ahora a un sitio como ese” —se había repetido a sí misma mientras se dirigía con el niño hasta el lugar.

El niño levantó la mirada hacia el rostro de la mujer, sin dejar se rodearle el cuerpo con sus brazos. —¿En dónde estamos?

La mujer a su vez miró al niño y luego le sonrió, nerviosa. Le acarició la cabeza con una de sus manos y le dijo:

—Estamos en la biblioteca. Aquí trabajé yo hace mucho tiempo.

El niño dejó de aferrarse a su cuerpo, dejándola libre de su abrazo. Luego miró a su alrededor: libros

y más libros organizados en tres inmensos muebles con entrepaños que iban desde el suelo hasta casi tocar el techo, y en medio de la habitación una corta mesa con sus sillas.

—¿Y la computadora? —preguntó el niño y la mujer sonrió.

—No, no hay computadora. Pero tampoco tendría sentido tenerla porque no hay electricidad.

Afuera hubo una explosión. Tanto el niño como la mujer dirigieron su mirada hacia la ventana, pero ninguno se movió. La mujer se agradeció a sí misma el haber cerrado las cortinas: nada había allá afuera que le pudiera dar tranquilidad o esperanza, mucho menos a ese niño del cual sabía tan poco como él de ella.

Ellos no eran familia, pero se conocían: habían sido vecinos siempre, a menos así era para los 9 años de vida del niño. Antes habían sido “el hijo de”, y “la señora de la casa de las ventanas verdes”; ahora ninguno sabía en dónde estaba su propia familia, ellos solo se habían reconocido en el mar de rostros desesperados que huían de las balas y de las bombas.

—¿Estamos en guerra? —preguntó el niño.

La mujer lo miró y suspiró. En el fondo esperaba poder darle una respuesta, pero ella no supo de inmediato qué decirle. Tal vez sí había una guerra: “ellos” habían lanzado a las calles sus fuerzas para defender la tesis de una revolución que solo era capaz de mirarse el ombligo, para que luchara en contra de una mayoría indefensa, cansada y hambrienta, dispuestos

a matar con tal de mantener su *statu quo*, que no era otra cosa que mantenerse en el poder.

Instintivamente la mujer dirigió su mirada hacia uno de los inmensos muebles de la habitación, ese en el que ella sabía que se encontraban los diccionarios y las enciclopedias. ¿Cuánto tiempo haría desde la última vez que alguno de ellos había sido revisado? La mujer se contuvo: de ninguna manera había llegado hasta allí para entender si se encontraban en una guerra o no, había llegado hasta allí para mantenerse a salvo.

—No, no estamos en guerra —fue su respuesta. Que te mataran solo por tus ideas, sin tener la capacidad de defenderte no era una guerra, era...

—Tengo hambre —exclamó el niño, interrumpiendo los pensamientos de la mujer.

—Yo también —se apresuró a responder la mujer, agradeciendo el cambio de tema—. Pero por ahora debemos quedarnos aquí, no es seguro allá afuera.

—¿Y va a venir mi mamá?

La mujer no se esperaba esa pregunta. La última vez que había visto a la madre del niño se la estaban llevando presa, y gritaba como nunca tratando de soltarse de las manos de la Guardia Nacional. Sus miradas se habían cruzado por un instante, y al reconocerla la mujer creyó percibir, sin necesidad de palabras o pensamientos, miles de mensajes que solo comenzó a entender cuando se cruzó con el niño, su hijo, que vagaba perdido en la calle, sin entender lo que pasaba y tratando de encontrar a los suyos.

La respuesta a la pregunta era incierta, tan incierta como el destino de esa madre en manos de la Guardia. Nadie volvía a ser el mismo después de caer en manos de la Guardia, incluso si regresaba vivo. La mujer entonces miró hacia otro de los muebles de la habitación: ahora sí necesitaba encontrar alguna respuesta en cualquiera de los libros que había allí.

Su vista recorrió rápidamente los entrepaños. Pudo notar que muy poco había cambiado el orden de los libros desde que abandonara su trabajo en la biblioteca. Le gustó reconocer que aún mantenía intacto en su memoria este recuerdo que le permitía además reconocer en cada lomo y cada título lo que estaba buscando.

Al fin encontró un primer libro, un tomo pequeño, el cual se apresuró a abrir para buscar el índice entre sus últimas páginas, pero no logró encontrar lo que buscaba. De inmediato lo guardó y sacó el que estaba a su lado, repitiendo la misma búsqueda, esta vez positiva, entonces agarró nuevamente el libro que antes había guardado y se acercó al niño.

—Ven, vamos a leer estos libros, te van a encantar.

La mujer colocó uno de los libros en la mesa que se encontraba en el centro de la habitación, y se sentó en una de las sillas al mismo tiempo que buscaba las últimas páginas del otro.

El niño se le acercó, colocando una de sus manos sobre su brazo. Ella lo miró.

—¿Va a venir mi mamá?

La mujer comprendió que debía responder a esa

pregunta, aunque solo fuera con la verdad que ella conocía.

—No lo sé.

El niño rompió a llorar. Era un llanto quedo, casi silencioso, pero su pequeña cara contraída expresaba a gritos el dolor que esa respuesta, asumida como una realidad absoluta, significaba para él: que no volvería a ver a su mamá.

Afuera hubo una nueva explosión, mucho más fuerte y cercana que la primera. La mujer miró hacia la cortina, pero esta vez lo hizo con rabia. Volvió a mirar al niño y tuvo que hacerse de todas sus fuerzas para no llorar también. Pensó entonces que seguramente muchos otros niños estarían en la misma situación que él, pero este era el único al que podría tal vez ayudar. Optó por dejarse llevar por lo que sentía en esos momentos.

—Ven —exclamó la mujer extendiendo sus brazos hacia el niño, quien, sin dejar de llorar, se acercó a ella, dejándose abrazar luego de que lo cargara sobre sus piernas.

Una eternidad pareció transcurrir durante ese par de minutos, en los que el niño siguió llorando mientras la mujer lo abrazaba y le arrullaba, percibiendo su peso y su calor.

—Ya, ya —había susurrado la mujer mientras pasaba su mano por la espalda del niño.

Su mano entonces sintió la espesa humedad, e inmediatamente sus ojos buscaron la mano: estaba completamente llena de sangre. Un rayo pareció par-

tirle el alma en dos.

Con el rostro contrariado, miró al niño, y de inmediato le volteó para ver de dónde venía la sangre. Parte baja de la espalda, un orificio de entrada; por más que buscó no encontró el de salida.

Finalmente entendió que no había nada que hacer. Miró hacia el techo como para tratar de ayudarse con la gravedad de la tierra y no dejar salir su llanto y su desesperación, y luego volvió a abrazar al niño.

En su mente, aún seguía repitiéndose que “ellos” no irían hasta allí. Al mismo tiempo sus ojos rescataban de entre las filas de libros aquel de Antonio Machado donde estaba *La muerte de un niño herido*, que era el real, no el que ella creía abrazar entre sus brazos vacíos.

PRODUCCIÓN ASISTIDA

La doctora estaba preocupada.

Sabía que había hecho algo que no era correcto. El procedimiento había sido perfecto, se habían seguido todos los protocolos pertinentes y había sido todo un éxito, pero había sobrepasado el límite de lo ético al haber tomado una decisión que ponía en riesgo la vida de la paciente.

Como buen científico que era tendría que enfrentar los hechos y exponer la situación a la familia, esto era su responsabilidad y estaba dispuesta a asumir cualquier consecuencia que pudiera devenir a causa de sus actos.

Respondió casi como autómata al anuncio de su asistente. La familia ya estaba allí y ya le tocaba el turno para verse con ellos. Mientras esperaba que salvaran la distancia entre la recepción y su consultorio —unos 20 pasos tal vez—, se descubrió a sí misma mordiendo la uña de uno de sus dedos meñiques, signo inequívoco de que estaba nerviosa. A pesar de ello, al verlos entrar a su consultorio, les sonrió y recibió como hacía con todos sus pacientes, con esa calidez y ternura que la caracterizaban, lo que siempre era bien recibido por cada uno de ellos.

La familia apenas estaba conformada por dos personas: la señora, una mujer joven muy risueña, alta y de cabellos ondulados, y el señor, un hombre joven, rubio, de bigotes, muy pulcro y varonil. Estaban ca-

sados hacía más de ocho años, y habían estado preparándose para lo que esperaban se hiciera realidad en manos de la doctora.

Luego de los respectivos saludos todos se sentaron ante el amplio escritorio del consultorio. La doctora intentó tomar la palabra, pero el joven la interrumpió. —Doctora, estamos muy emocionados. No se imagina la noche que hemos pasado esperando a que llegara este día.

La doctora sintió que le faltaban las fuerzas para hablar, pero estaba comprometida con decir la verdad y debía ser sincera con ambos.

—Sí, doctora. Díganos, ¿se logró lo que buscábamos? —preguntó la mujer.

La doctora tragó grueso, pero entonces sonrió como para darse fuerzas, y dijo:

—Sí...

La mujer lanzó un suspiro de alegría, miró a su esposo, quien también la miró emocionado, y se abrazaron, casi a punto de llorar. La doctora evitó mirar a la pareja mientras se abrazaba, pero de inmediato ambos la miraron y le tomaron de la mano, sonrientes y agradecidos.

—¡Gracias, gracias!, sabíamos que con usted lo lograríamos —dijo el joven.

La doctora dejó pasar un momento, mientras que la pareja se calmaba un poco. Al cabo de este tiempo, la doctora retomó la palabra.

—Sí, se ha logrado la implantación... Pero debo ser sincera con ustedes...

El leve quiebre en el tono de voz de la doctora hizo que la pareja intercambiara entre sí una mirada de preocupación.

—¿Algo malo, doctora? —preguntó la mujer.

—No —dijo la doctora dejando escapar una risita nerviosa y luego calló un instante—. Todo realmente ha salido perfectamente. Todo ha resultado como... como queríamos. Pero yo tomé una decisión basada en las probabilidades de éxito que puede tener una implantación... Y he transferido más de lo que lo que nuestra institución y la ley permiten.

El hombre y la mujer se miraron entre sí nuevamente. Ninguno entendía muy bien lo que trataba de decirles la doctora, y ahora en sus semblantes se dibujaba una incipiente pero inequívoca contracción que denotaba preocupación.

La doctora volvió a tragar grueso, y continuó:
—Durante la transferencia he usado cuatro ideas, pensando que tal vez una o dos de ellas no se implantarían, pero para mi grata y no tan grata sorpresa las cuatro se han implantado... —La doctora suspiró, y sintió como si un enorme peso hubiera salido de su cuerpo, a pesar de que aún en su fuero interno sabía que no había procedido de manera correcta—. Jamás subestimé la calidad de las ideas y mucho menos de la tinta, ambos resultaron más que estupendos. Tal vez el lienzo era lo que más me preocupaba, pero todas las pruebas determinaron que era más que idóneo para ambos... Así que el primer proceso hacia la producción se ha dado totalmente; pero, de ser absoluta-

mente normal todo, serán 4 libros los que tendrán...

La doctora calló.

Durante un instante el silencio dentro del consultorio se hizo sepulcral. La pareja quedó paralizada, mirando a la doctora, tratando de asimilar lo que esta acababa de decir. Luego se miraron entre sí, y explotaron en una muestra de júbilo que pareció alejar a la doctora de su aletargamiento, que no supo de inmediato cómo interpretar la actitud de la pareja.

—¡Doctora! —exclamó el hombre abriendo los brazos y acercándose a la doctora, que se colocó de pie y se dejó abrazar por aquel, que de manera efusiva la rodeó con sus brazos mientras su esposa, con lágrimas en los ojos, los miraba sonriente—. Esta es la mejor noticia que nos ha podido dar.

El hombre volvió junto a su esposa, y ambos se abrazaron; su felicidad casi rayaba en lo eufórico. La doctora, atónita, rio nerviosamente, aún no muy segura de lo que veía y escuchaba.

—¡Cuatro libros, cuatro libros! —exclamaron el hombre y la mujer.

Al cabo de unos segundos, y miles de pensamientos después viajando a la velocidad de la luz en su cabeza, la doctora no tuvo duda: había cambiado, una vez más y para bien, la vida de una familia. Su vida y su carrera se basaban enteramente en ello y poder lograrlo la hacía completamente feliz, percibiendo esa sensación de satisfacción que solo da cuando se consigue ayudar a otro a alcanzar lo que desea.

Orgullosa de sí misma echó una nueva mirada a

la pareja, y luego miró hacia el librero detrás de ella donde se encontraban algunas copias de los libros que había logrado traer al mundo con sus técnicas de producción asistida.

Contenido

Aventuras literarias	5
La biblioteca de la casa de la esquina	15
El come letras	25
Marcia	31
La grasia de dios	41
Soliloquium	45
El niño herido	63
Producción asistida	71

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 21 días del mes de julio de 2022, para ser presentado en la cuarta edición de la Feria Independiente del Libro de Maracaibo.